

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Homilía

VIAJE APOSTÓLICO A ALEMANIA 2011

Santa Misa en Berlín

22 de septiembre de 2011

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridas hermanas y hermanos:

Me da gran alegría y confianza ver el gran Estadio Olímpico que en gran número tantos de vosotros habéis llenado hoy. Saludo con afecto a todos: a los fieles de la Archidiócesis de Berlín y de las diócesis alemanas, así como a los numerosos peregrinos provenientes de los países vecinos. Hace quince años, vino un papa por vez primera a Berlín, la capital federal. Todos —y también yo personalmente— tenemos un recuerdo muy vivo de la visita de mi venerado predecesor, el beato Juan Pablo II, y de la Beatificación del deán de la Catedral de Berlín Bernhard Lichtenberg, junto a Karl Leisner, celebrada precisamente aquí, en este mismo lugar.

Pensando en estos beatos y en toda la corte de santos y beatos, podemos comprender lo que significa vivir como sarmientos de la verdadera vid, que es Cristo, y dar fruto. El evangelio de hoy nos evoca la imagen de esa planta, que en Oriente crece lozana y es símbolo de fuerza y vida, y también una metáfora de la belleza y el dinamismo de la comunión de Jesús con sus discípulos y amigos, con nosotros.

En la parábola de la vid, Jesús no dice: "Vosotros sois la vid", sino: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15,5). Y esto significa: 'Así como los sarmientos están unidos a la vid, de igual modo vosotros me

la experiencia dolorosa de que en la Iglesia hay peces buenos y malos, trigo y cizaña, y si la mirada se fija solo en las cosas negativas, entonces ya no se revela el misterio grande y bello de la Iglesia.

Por tanto, ya no brota alegría alguna por el hecho de pertenecer a esta vid que es la "Iglesia". La insatisfacción y el desencanto se difunden si no se realizan las propias ideas superficiales y erróneas acerca de la "Iglesia" y los "ideales sobre la Iglesia" que cada uno tiene. Entonces, cesa también el alegre canto: "Doy gracias al Señor, porque inmerecidamente me ha llamado a su Iglesia", que generaciones de católicos han cantado con convicción.

Pero volvamos al Evangelio. El Señor prosigue: *«Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí... porque sin mí —separados de mí, podría traducirse también— no podéis hacer nada»* (Jn 15,4.5b).

Cada uno de nosotros ha de afrontar una decisión a este respecto. El Señor nos dice de nuevo en su parábola lo sería que esta es: *«Al que no permanece en mí lo tiran fuera como el sarmiento, y se seca; luego recogen los sarmientos desechados, los echan al fuego y allí se queman»* (Jn 15,6). Sobre esto, comenta san Agustín: *«El sarmiento ha de estar en uno de esos dos lugares: o en la vid o en el fuego; si no está en la vid estará en el fuego. Permaneced, pues, en la vid para libraros del fuego»* (*In Iohannis Evangelium Tractatus*, 81, 3: PL 35, 1842).

La opción que se plantea nos hace comprender de forma insistente el significado fundamental de nuestra decisión de vida. Al mismo tiempo, la imagen de la vid es un signo de esperanza y confianza. Encarnándose, Cristo mismo ha venido a este mundo para ser nuestro fundamento. En cualquier necesidad y aridez, Él es la fuente de agua viva, que nos nutre y fortalece. Él en persona carga sobre sí el pecado, el miedo y el sufrimiento y, en definitiva, nos purifica y transforma misteriosamente en sarmientos buenos que dan vino bueno. En esos momentos de necesidad nos sentimos a veces aplastados bajo una prensa, como los racimos de uvas que son exprimidos completamente. Pero sabemos que, unidos a Cristo, nos convertimos en vino de solera. Dios sabe transformar en amor incluso las cosas difíciles y agobiantes de nuestra vida. Lo importante es que "permanezcamos" en la vid, en Cristo. En este breve pasaje, el evangelista usa la palabra "permanecer" una docena de veces. Este "permanecer-en-Cristo" ca-

Queridos hermanos y hermanas, deseo que todos vosotros y todos nosotros descubramos cada vez más profundamente la alegría de estar unidos a Cristo en la Iglesia —con todos sus afanes y sus oscuridades—, que encontréis en vuestras necesidades consuelo y redención, y que todos lleguemos a ser el vino delicioso de la alegría y del amor de Cristo para este mundo. Amén.